

IMPREVISION E INERCIA⁴⁸

Desde hace tiempo se viene subrayando el hecho por lo demás indiscutible de que, no obstante de nuestros largos cien años de vida independiente, seguimos siendo una nación tributaria, una nación en que lo económico depende de otros países, a los que tiene que pedir, aprecio bien crecido, lo necesario para su abastecimiento.

Se agrega, con dolor, justísimo que en tanto que los extranjeros o las compañías por ellos formadas, controlan y dominan el campo de las actividades económicas, a nosotros nos queda de hecho reservado un papel bastante secundario.

Grandes verdades las dos; pero, ¿de quién es la culpa? ¿no será acaso, de nosotros mismos que salvo contadas excepciones, nos hemos mostrado siempre totalmente incapaces de competir con los extraños, en el terreno de la lucha económica?

Apatía o falta de empuje o de iniciativa, unas veces; falta absoluta de garantías, otras; costumbres inveteradas de despilfarro y de derroche, las más; tales han sido y siguen siendo las causas y los motivos determinantes del mal que nos aqueja. Este no se remediará, ciertamente, con actos legislativos o con “úkases” gubernamentales, sino con cambio profundo de nuestro hábitos personales y en nuestras prácticas y procedimientos políticos y administrativos.

Somos un pueblo que no sabe ahorrar —que no sabe alimentar con la fuente insustituible del ahorro la formación del capital—, y somos a la vez un pueblo cuyos escasos capitalistas nativos no saben ni quieren invertir su dinero en las fructíferas y fecundas actividades de la gran industria y del alto comercio. Esto lo dejan al capital extranjero desdeñosa o cobardemente. Ellos —los grandes señores— prefieren comprar y exportar “casas de productos”, construir bellas residencias, hermosas “villas” o lujosos

⁴⁸ *El Universal*, 29 de marzo de 1939.

chalets, o lo que todavía es mejor para su timidez, colocar sus fondos disponibles sobre buenas y seguras hipotecas.

Si a esto se agrega —como acabo de insinuar— que el mexicano de la clase media y de la humilde tiene un santo horror por todo lo que signifique ahorro y economías, se comprenderá el porqué de nuestro pauperismo y de nuestras crisis endémicas.

El mexicano sabe hacer buenas fiestas, sabe darse buena vida, apenas cuenta con medianos recursos; sabe derrochar el dinero con positiva maestría; pero en cuanto a prever, en cuanto economizar, es cosa que casi nunca entra en sus cálculos.

Por imprevisión y por vanidad gasta el mexicano hasta lo que no tiene, y si la fortuna le cambia, se queda “a un pan pedir”; ya que la adversidad lo sorprende, las más de las veces sin economías y sin fondo alguno de reserva.

Por eso el mexicano —valiente para todo lo demás— tiene tanto miedo, un miedo pavoroso, a perder la posición o el empleo. Porque, como vive al día (AU JOUR LE JOUR), sabe que perdidos aquéllos, le esperará, a poco andar, la crisis más penosa, con todas sus aflictivas e irremediables consecuencias.

El francés, el inglés, el español, el norteamericano, el ruso, el árabe, el checoslovaco, ahorran, economizan, prevén, saben prepararse en los años buenos para los años malos. El mexicano, no: él se siente más allá del bien y del mal, en lo económico; él es incapaz de imponerse privaciones en el presente para salvaguardar y prevenir el futuro.

“El dinero va y viene” —dicen en Jalisco; “el dinero se ha hecho para gastarlo, para darse buena vida, para vivir a todo trapo” —decimos los mexicanos, de un extremo a otro de la República.

El francés, si es campesino, acumula sus ahorros en la “media de lana” (en la clásica “bas de laine”), y si es ciudadano, los coloca en el banco o en la institución que le pague mayores réditos. Allí hasta el modesto camarero de hotel o el mesero de restaurante posee ahorros de consideración.

El inglés, el norteamericano, el sajón, ahorran para establecer un negocio por su cuenta, o para adquirir acciones de tal o cual compañía, para interesarse en tal o cual empresa. De ahí esas gigantescas sociedades anónimas cuyo poder creador llega hasta donde en vano pretendería alcanzar la acción aislada de los individuos dispersos.

El mexicano, en vez de economizar, en vez de contribuir a la formación de capitales, prefiere gastar espléndida y ostentosamente su dinero en la fiesta del onomástico, de la boda o del bautizo; brillar en sociedad, o vivir

en perpetua francachela. La forma de despilfarrar es lo de menos; lo importante es darse tono de derrochador y de hombre que no se para en gastos.

“El dinero nos hace cosquillas a los mexicanos” —tal es la frase que define la situación.

Al no ahorrarse en México, no se forman capitales o se forman sólo por aquellos contados mexicanos a quienes el dinero materialmente les sobra; únicamente por aquellos que por ser ricos de abolengo, ricos improvisados por algún gran negocio, u hombres convertidos en magnates por obra de la política y de los políticos, escrúpulos que en ella se gasta, disponen de tal cantidad de numerario que no podrían aunque quisiesen consumirlo todo en pequeñas vanidades, en grandes lujos o en fiestas deslumbradoras.

Pero viene luego la segunda parte, esas pocas, poquísimas personas que ahorran, no invierten por cierto sus economías o sus sobrantes en la creación de industrias o formación de empresas de grande aliento. Los invierten “a la mexicana”, en la construcción de casas de productos, las que, una vez concluidas sólo suponen un trabajo: el de cobrar, y un solo peligro: el de un terremoto o un incendio.

En cuanto a construir nuevos centros de trabajo, en cuanto a colocar sus fondos en empresas que redunden en beneficio de la colectividad, pero que impliquen un gran riesgo; eso ni pensarlo. Quedese ello para los “yanquis” siempre audaces, que no tiene temor a exponer su dinero, o a los hombres de esa o de otras nacionalidades que quieran meterse en tamañas honduras...

Si esto no fuera trágico, daría motivo de risa; pero por desgracia es de mayor trascendencia de lo que se supone.

En esos malos hábitos, en esa incorregible timidez, en ese imperdonable egoísmo de nuestras gentes acaudaladas, radican —fuera de otros factores raciales y políticos que ya examinaremos— las causas de la debilidad, de la pobreza, de la anemia de la economía nacional: las causas por lo mismo, de nuestra dolorosa y desagradable dependencia de lo extranjero.

Desde los ya lejanos tiempos de Don Benito Juárez y de Don Sebastián Lerdo, se quiso, se intentó construir ferrocarriles con capital mexicano, y lastimosamente se fracasó cuantas veces ello fue intentado.

Todas las concesiones que se dieron a capitalistas mexicanos, hubo que declararlas caducas, porque los hechos con su elocuencia sin réplica, demostraban que ni se construían las líneas ni había serias intenciones de construirlas. Se estaba siempre en espera de la compañía extranjera a cuyo favor pudiera hacerse el traspaso.

Hubo, pues, necesidad de acudir el capital inglés, primero, y al norteamericano, después. Sólo así pudieron existir vías férreas en las República. Los capitalistas mexicanos fueron incapaces de construirlas, como incapaces fueron también de substituir los anticuados “tranvías de mulitas” por los modernos trenes eléctricos.

El capital extranjero tiene que hacerlo todo en México, por la sencilla y única razón de que sólo él quiere y puede hacerlo. Algunos años han de pasar antes de que nuestros grandes ricos de decidan a desplegar iniciativa y dinamismo. Parece increíble pero hasta el tipo del antiguo minero mexicano, emprendedor e intrépido, perseverante, está por extinguirse... se dan unos cuantos barretazos, y se vende la mina al mejor postor, a la compañía extranjera que más ofrece.

Y lo más doloroso es que, cuando un mexicano es dinámico, y quiere obrar, tropieza cada paso, con la voracidad del fisco, con las exigencias del sindicato, y con las mil y mil trabas que con toda premeditación y cuidadoso estudio, le van poniendo autoridades incomprensivas e imbéciles reglamentos...